

Acerca del conflicto edípico

El tema del conflicto edípico y su subsiguiente y eventual cristalización en el llamado Complejo de Edipo ha tenido amplio desarrollo en la teoría psicoanalítica, ha despertado más de una controversia en el campo del Psicoanálisis y es uno de los que tuvieron mayor difusión en la cultura ambiente de los países en los que estas teorizaciones tienen más peso. En el texto de Heberto Rojo el tema está tratado minuciosamente. Aquí sólo quiero proponer una otra manera de entender el tema de las relaciones triádicas sobre la base del desarrollo del psiquismo infantil.

Sabido es que las culturas antiguas procuraron fijar y transmitir conocimientos básicos para el mejor vivir a través de los recursos que les eran propios. Así como por ejemplo la sacralización de algunas formas del comer intentó establecer de un modo eficaz estilos alimentarios adecuados para esa circunstancia y ese tiempo, o como las

distintas religiones transmiten a través de su liturgia conocimientos acerca del mundo, las personas y sus modos adecuados de interrelación, así también las mitologías, los relatos de hablistas y rapsodas intentaron fijar en la mente y en el comportamiento de las personas normas acerca del correcto hacer.

Esto sucede en grado extremo con la mitología griega, cuyos relatos ejemplarizadores señalan las consecuencias y los castigos a los que se exponen quienes trasgreden las normas que de ese modo se quieren inculcar. Así surgieron, por ejemplo, las tragedias de Sófocles. En *Edipo Rey*, una de ellas, se quiso exponer la circunstancia posible de un parricidio, posterior relación sexual entre hijo y madre, y sus terribles consecuencias.

No está de más señalar que en Grecia se consideró en un principio el destino humano como designio de cumplimiento inexorable, a menos que se le opusiese particular cuidado y empeño. Es la noción de *destino trágico* y su versión teatral dio lugar a las *tragedias*. El pensamiento griego tendió luego a suponer que el destino humano no está dado de una vez y para siempre, sino que se va construyendo en la interacción *dramática* entre los protagonistas. Su forma de exposición teatral es el *drama*. Tengamos en cuenta entonces el significado implícito de que *Edipo Rey* sea una tragedia. Acotemos también para una comprensión de su función pedagógica, que la asistencia a las representaciones teatrales era obligatoria para los atenienses.

La adopción por parte de Freud, a quien la cultura griega fascinaba, del modelo de la tragedia *Edipo Rey* para ilustrar su concepción acerca del origen totémico de la cultura y la importancia del tabú del incesto como forma de preservarla, tuvo como consecuencia en su

popularización la suposición de que efectivamente se trataría de la atracción sexual del hijo varón hacia su madre, con la consiguiente irrupción prohibidora del padre. No está tan clara esta relación en el caso de la hija mujer y su padre, siendo la madre su primer vínculo. Tal vez haya sido éste, además de particulares opiniones de Freud acerca de las diferencias entre el psiquismo masculino y el femenino, lo que lo llevó a no aceptar en un principio la existencia de un conflicto edípico en la mujer. Fue precisamente su colega Jung quien teorizó sobre este tema, al que denominó *Conflicto de Electra*, concepto que fue luego subsumido en la literatura psicoanalítica freudiana tal como ahora se lo conoce.

Postulo que para comprender el fenómeno del llamado conflicto edípico en la teoría psicoanalítica no es necesario suponer en sentido lato una apetencia sexual del hijo por la madre, ni ceñirse al relato de la tragedia griega, que en realidad tiene sólo un sentido metafórico.

Antes bien, una visión evolutiva del desarrollo humano permite suponer un primer momento en que el recién nacido carece de recursos psíquicos para poder diferenciar qué es él y qué es no-él. En ese incipiente momento del desarrollo no se hallan discriminadas las sensaciones propioceptivas –las que provienen del propio cuerpo–, de las que se originan en el espacio externo. Psíquicamente podría entenderse este período como el de fusión e indiscriminación con el mundo, como propone José Bleger. Podemos adoptar el criterio de llamar al mundo, en este momento del desarrollo, “madre”, por ser con ella o su sustituto, con quien el bebe tiene mayor interacción, y por el sentido genéricamente nutricional de esta relación.

Paulatinamente, con el desarrollo continuado de la capacidad mental, el bebe comienza a discriminar aquello que es él de aquello que es la madre, en el sentido que acabamos de dar. Esta creciente capacidad de individuación es lo que permite el establecimiento de una primera relación de objeto, o sea una intensa relación de dos, bebe-mundo, o si se quiere, hijo-madre. La relación es diádica, de a dos, porque la capacidad mental del bebe por ese entonces le permite vincularse con sólo un otro, no importa la pluralidad de personas físicas que se hallen presentes en su entorno.

Progresando en su desarrollo mental, el niño se encuentra más adelante ya en condiciones de albergar mayor cantidad de representaciones respecto de quienes lo rodean y mayor complejidad de relaciones entre ellas. De modo que su campo psíquico está en condiciones de incorporar a "lo tercero", o si se quiere "lo padre" del entorno.

Siendo en el principio de la vida las principales necesidades que el niño percibe de naturaleza nutricia, como dijimos, ése es su modelo de relación con el mundo. Pero luego, estando en condiciones de comprender algo de las limitaciones y prohibiciones que provienen de la realidad, la ampliación de su mundo interno —que permite la inclusión de la representación del padre— conlleva también la paulatina comprensión y ajuste a esas limitaciones de la realidad. En otras palabras, a incorporar al otro, o sea a "la ley".²

2. En el Imperio Romano, se llamaban *idiotas* no a los faltos de inteligencia. En su inicio el vocablo nombraba a quienes por no vivir en la polis, en la urbe, carecían de la capacidad de adecuar su comportamiento a la presencia de otros. Es decir, carecían de ley.

Visto así, es entonces el desarrollo del niño el que permite la incorporación del tercero-padre, y no el padre el que irrumpe prohibitivamente en la relación anterior del niño con su madre. No sólo eso, sino que en realidad el primer tercero que aparece para la mente del niño es el lenguaje. Son las palabras con que le habla la mamá —o sea "lo madre" del mundo— las que van trayendo a esa relación de dos la presencia de "lo tercero", "lo padre". Es la madre la que al hablarle, o sea al incluir "terceras cosas" que van ampliando el conocimiento e iniciando el pensamiento con ideas, quien ayuda al hijo a crecer y arrancarse de la primera relación nutricia y táctil que tuvo con el mundo. Es entonces el desarrollo mental del niño, así como el sostén materno y paterno para su crecimiento, los factores que permiten la instalación de esta función "disyuntora" de lo "tercero".

Es decir que el camino del desarrollo de una persona y de su constitución como sujeto diferenciado pasa inexorablemente por un primer momento de un uno indiferenciado, un segundo momento de relación primaria de dos y un tercer momento de relación ya secundarizada de tres. Y estos tres son en un principio los representantes de la relación familiar básica, para llegar a ser luego el mundo, en la dimensión en que cada cual pueda abarcarlo.

El mito de Edipo nos estaría diciendo, entonces, que para *ser* es necesario descifrar los enigmas de la vida. Saber de sí, saber de lo "materno-nutricio" y saber de "lo paterno-legal". Entonces se puede *ser* persona. Si no, no se *es*.

Primera formulación freudiana del aparato psíquico

La consideración de este tema la podemos rastrear en los primeros bosquejos que presenta Freud en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900), si bien su pleno desarrollo se plantea en los trabajos metapsicológicos del año 1915. El término metapsicología fue utilizado en los comienzos de sus investigaciones para situarse "al otro lado de la conciencia" propuesta por la psicología tradicional; posteriormente retomará el término para referirse a todo proceso psíquico en sus relaciones tópicas, dinámicas y económicas. Esta primera formulación desde una *concepción tópica* supone una diferenciación en sistemas dotados de características y de funciones diferentes, además de una disposición en un determinado orden entre sí, lo que permite considerarlos como lugares psíquicos, otorgándoles por lo tanto una representación espacial figurada.

La diferenciación en sistemas va unida a una *concepción dinámica* de la teoría, según la cual estos lugares psíquicos se hallan relacionados entre sí como un conflicto de fuerzas. Desde la *concepción económica* se podrán explicar los procesos psíquicos entendiéndolos como el resultado de la circulación y la distribución de la energía pulsional, por lo que cada sistema tratará de establecer el nivel más bajo posible de la energía que por él circula. Cuando hablamos de energía nos referimos a la transformación de energía somática en energía psíquica y no de consideraciones místicas o metafísicas. Se enlazarán así las tres formas de aproximación teórica que permiten dar cuenta del fenómeno psíquico.

Utilizando un recurso didáctico para la descripción de esta tópica, Freud nos propone representarnos la imagen de un iceberg. Aquello que se nos representará de él será comparable al sistema Percepción-Conciencia. El nivel del mar será una censura (segunda) que nos obstaculizará la clara visualización de su continuación; pero con un esfuerzo voluntario podremos observar su prolongación. Este nuevo contorno se corresponderá al sistema Preconsciente. Cada vez, será más difusa su percepción hasta llegar a un punto en que sabiendo que se continúa no podremos ya dar más cuenta de él, denominando a este límite perceptivo, represión o primer censura. Aquello de lo que ya no podremos dar más cuenta será el sistema inconsciente, sabiendo que se corresponde a la mayor parte de la estructura del iceberg, lo que lo constituye como tal.

Esta figuración imaginativa nos permite introducirnos en el tema y así inferir dos conceptos fundamentales: el de represión y el de inconsciente, que diferencian claramente a la teoría psicoanalítica.

Con respecto a la *represión* diremos que es una fuerza de desalojo de aquellos contenidos que son vividos como displacenteros para el sentir consciente. Será displacentero, para cada sujeto, aquello que dependa o guarde relación con contenidos reprimidos, fundamentalmente ligados a la historia sexual infantil. Aunque con diferencias particulares puede considerarse su función como universal, ya que se constituye como el determinante de la escisión básica entre inconsciente y consciente de todo sujeto. El proceso de represión no suprime ni destruye los contenidos displacenteros sino que éstos pasarán a formar parte del orden de lo inconsciente, pero ya sea por desencadenantes internos o externos, dichos contenidos pueden cobrar una mayor fuerza e intentarán retornar a la conciencia. Lo reprimido, dice Freud, siempre tiende a retornar, pero por efecto de la fuerza de la represión lo hará por un camino indirecto, en forma desfigurada o de alusión a través de las formaciones del inconsciente: síntomas, sueños, actos fallidos, o deslizándose en el discurso.

Las representaciones inconscientes están siempre ligadas a una pulsión; en tanto lo pulsional no puede devenir nunca consciente, lo hará a través de una idea que lo representa. El modo en que podemos dar cuenta de la existencia de la represión es a través de la *resistencia*; a manera defensiva, en actos o palabras, el sujeto vivenciará como ajeno a él todo contenido inconsciente, en tanto éstos revelan deseos. Tanto la resistencia como la represión actúan con las mismas fuerzas.

Para ilustrar estos conceptos tomaremos un ejemplo que da Freud en una conferencia en la Universidad de Clark (Estados Unidos) en el año 1909:

"Acaso me sea lícito ilustrarles el proceso de la represión y su nexo con la resistencia mediante un grosero símil que tomaré, justamente, de la situación en que ahora nos encontramos. Supongan que aquí, dentro de esta sala y entre este auditorio cuya calma y atención son ejemplares, se encontrara empero un individuo revoltoso, que me distrajera de mi tarea con sus impertinentes risas, charlas, golpeteo con los pies. Y que yo declarara que así no puedo proseguir la conferencia, tras lo cual se levantarán algunos hombres vigorosos entre ustedes y tras una breve lucha pusieran al barullero en la puerta. Ahora él está 'desalojado' (reprimido) y yo puedo continuar mi exposición. Ahora bien, para que la perturbación no se repita, si el expulsado intenta volver a ingresar en la sala, los señores que ejecutaron mi voluntad colocan sus sillas contra la puerta y así se establece como una 'resistencia' tras un esfuerzo de desalojo (represión) consumado. Si ustedes transfieren las dos localidades de lo psíquico como lo inconsciente y lo consciente, obtendrán una imagen bastante buena del proceso de represión".

Podemos así arribar a la idea de que el inconsciente se irá conformando, a partir de la represión, especialmente con aquellos contenidos relacionados con la historia sexual infantil. Pero no por ello debemos dejar de señalar que Freud va a hablar de un proceso hipotético denominado *represión originaria*, que se constituirá en la base por la que se ejerce posteriormente la represión, ya que una representación no puede ser reprimida si no lo es por la atracción proveniente de contenidos que ya son inconscientes. Agrega así, a esta construcción hipotética, las *fantasías originarias* (vida intrauterina, escena originaria, castración, seducción), que son el resultado del patrimonio filogenético y las organizadoras de las fantasías del sujeto.

Todos los contenidos (deseos, representaciones) alojados en el *inconsciente* están regidos por una legalidad propia de este sistema, y tienen entonces la particularidad de ser:

Atemporales. Con respecto a esta característica, diremos que Freud produce una ruptura con respecto al principio kantiano que sostiene que el tiempo y el espacio son dos formas necesarias de todo pensamiento. Para el psicoanálisis, los contenidos inconscientes no están ordenados temporalmente, y nada de ellos será modificado por el tiempo, manteniendo la misma intensidad y fuerza que le dio su origen, subsistiendo en él el inconsciente infantil entrelazado con lo actual. Freud comentará: como las sombras del Hades en la Odisea, basta que algo realmente las huellas mnémicas para que vuelvan a hablar.

Ausentes de contradicción. En el inconsciente se encuentran deseos que a nivel consciente serían vividos conflictivamente por ser contradictorios; por ejemplo, el amor al padre admirado y el odio al padre rival, como derivación del Complejo de Edipo.

Determinados por el principio de placer. Es uno de los dos principios que rige el funcionamiento mental. Tiene por finalidad evitar lo displacentero y procurar el camino para darle libre acceso al placer. Tiende a imponer el deseo originado por la descarga pulsional sin atender a los obstáculos que pueda presentar la realidad exterior. El inconsciente interpretará la realidad sólo acorde a sus deseos (realidad psíquica). La pulsión buscará así su descarga por el camino más corto.

Determinados por el proceso primario. El análisis de los contenidos oníricos permitió a Freud el conocimiento del funcionamiento psíquico y llegar a la conclusión de que

los sueños no carecen de sentido sino que hay un deslizamiento permanente de éste. El inconsciente tendrá así la posibilidad de *desplazar* los valores o investiduras que las representaciones tienen, pudiendo *condensarse* en una nueva representación. No se establece entonces una fijeza en la representación, porque intervienen para ello las dos formas de funcionamiento anteriormente citadas. En el desplazamiento a una representación originariamente sin intensidad y significación puede atribuírsele un nuevo valor psíquico, adquiriendo así la intensidad y la significación originalmente atribuidas a otra. Esta nueva representación que desplaza a la anterior está ligada a la primera por una cadena asociativa. Tomaremos como ejemplo una cita de Freud con respecto al olvido de nombres propios:

“En tales casos sucede que no sólo se olvida, sino que además se recuerda erróneamente. A la conciencia del sujeto que se esfuerza en recordar el nombre olvidado acuden otros nombres sustitutivos que son rechazados en el acto como falsos, pero que, sin embargo, continúan presentándose en la memoria con gran tenacidad. El proceso que os había de conducir al nombre buscado se ha *desplazado* y nos ha llevado a un sustitutivo erróneo. Mi opinión es que tal desplazamiento no se halla a merced de un mero capricho psíquico sino que sigue determinadas trayectorias regulares y perfectamente calculables, o por decirlo de otro modo, presumo que los nombres sustitutivos están en visible conexión con el buscado...” Freud, S.: *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901).

El otro modo de funcionamiento es la condensación, por la cual varias representaciones expresadas por las cadenas asociativas confluyen en una sola representación.

En los sueños, si bien es una modalidad que puede adoptar la censura, también es una forma de escapar de la misma, ya que permite dificultar la comprensión del relato manifiesto.

“En mi obra *La interpretación de los sueños* he expuesto el papel que desempeña el proceso de *condensación* en la formación del llamado contenido manifiesto del sueño a expensas de las ideas latentes del mismo. Una semejanza cualquiera de los objetos o de las representaciones verbales entre dos elementos del material inconsciente es tomada como causa creadora de un tercer elemento que es una formación compuesta o transaccional. Este elemento representa a ambos componentes en el contenido del sueño, y a consecuencia de tal origen se halla frecuentemente recargado de determinantes individuales contradictorios. La formación de sustituciones y contaminaciones en la equivocación oral es, pues, un principio de aquel proceso de condensación que encontramos que toma parte activísima en la construcción del sueño.” Freud, S.: *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901).

Debemos destacar que tanto el desplazamiento como la condensación no son sólo una manera de eludir la censura sino una característica del pensamiento inconsciente. En el inconsciente, las representaciones son esencialmente imágenes visuales, que no están ligadas a un lenguaje verbal sino a lo que Freud denominó *representación-cosa*, a diferencia del sistema preconscious donde las representaciones están ligadas al lenguaje verbal, lo que le permitirá al sujeto tomar conciencia de los contenidos inconscientes (*representación-palabra*).

El *sistema preconsciente* contiene aquellas representaciones, ideas y recuerdos que no están presentes en el campo actual de la conciencia pero que con un pequeño esfuerzo tienen libre acceso a ella. Su funcionamiento está acorde con la lógica que reconocemos como propia por lo que su legalidad tiene las siguientes características:

Se rige por el *proceso secundario*; a diferencia del proceso primario, no admite el libre desplazamiento y la condensación; cualquier representación no puede ocupar el lugar de otra y si esto ocurre, por ejemplo en la metáfora, debe guardar una relación lógica o poética con la primera.

Temporalidad: esta característica permite una organización cronológica de lo vivido, diferenciando los recuerdos de vivencias infantiles y los actuales.

Principio de contradicción: intenta resolver los conflictos que puedan ocasionar dos contenidos que se contrapongan hasta lograr una solución, ya que no es lo mismo asumir la contradicción de amar u odiar a una persona.

Principio de realidad: tiene la característica de cumplir una función reguladora con respecto al principio de placer, postergando las demandas inconscientes, o dándoles curso mediante rodeos de acuerdo con las condiciones que plantea el mundo exterior.

La oposición entre proceso primario y secundario corresponde a la forma de circulación de la energía psíquica en libre o ligada, y paralelamente a la oposición entre principio de Realidad y principio de Placer.

La *conciencia* es un momento fugaz, donde las representaciones o ideas, una vez que acceden voluntariamente a ella, dejan inmediatamente su lugar a otros contenidos. Esto permite un orden y una discriminación en el pensamiento consciente del sujeto.

Situada, tópicamente, en la periferia del aparato psíquico, cumple la función de diferenciar las percepciones internas y externas dentro del conjunto de los fenómenos mentales, constituyéndose en lo que Freud denominó el Sistema Percepción-Conciencia. Será entonces un "lugar de percepción anímica" con respecto a pensamientos, recuerdos, sentimientos, sensaciones placenteras y displacenteras. Dispone para ello de la atención, aunque su ejercicio no es totalmente independiente del funcionamiento del aparato psíquico en su totalidad.

La relación con el preconsciente es que éste cumple la función de almacenamiento de recuerdos y vivencias, que con poco esfuerzo permiten vencer la segunda censura dejando a los contenidos en un libre acceso a la conciencia. Como ambos sistemas participan de la misma legalidad, Freud se refiere a ellos unificándolos como Sistema Preconsciente-Consciente.

Si bien el psicoanálisis, al elaborar esta tópica, produce una profunda ruptura con los postulados de la psicología clásica, no por ello deja de considerar la importancia de la conciencia en el funcionamiento psíquico del sujeto. La finalidad del análisis será "hacer consciente lo inconsciente". Esto implicará un levantamiento de la represión integrando los contenidos inconscientes al sistema preconsciente-consciente. Esta labor, denominada trabajo elaborativo, consiste en darle palabra a los contenidos inconscientes. El tiempo que llevará la misma será lo que permitirá la integración progresiva de estos contenidos a la verbalización por parte del sujeto. El pasaje de la representación-cosa a la representación-palabra será lo que permita la toma de conciencia.

En las conferencias citadas anteriormente en la Universidad de Clark, Freud señala que la toma de conciencia puede tener tres caminos: juicio adverso,

sublimación o satisfacción parcial o total de los deseos. Cuando la represión es sustituida por un *juicio adverso*, puede haber ocurrido que el sujeto haya producido en su vida infantil una represión de la pulsión sólo porque en esa época él era muy endeble y su organización muy imperfecta. Con su madurez y fortaleza actual y como resultado del análisis quizás pueda gobernar lo que le es displacentero, rechazándolo ya a nivel consciente.

Un segundo desenlace del trabajo psicoanalítico es poder aportar a las pulsiones inconscientes descubiertas aquella aplicación posible acorde con los fines que ya hubiera debido hallar si el desarrollo no hubiera estado perturbado. Un desarrollo adecuado implica la posibilidad de que dicho contenido sea sublimado.

La *sublimación* es un mecanismo mediante el cual la energía de las mociones infantiles de deseo no es bloqueada sino que se canaliza hacia otro fin, siendo el mismo reconocido y valorado socialmente. Aunque su fin aparentemente ya no es sexual, la energía que lo sustenta halla sus fuerzas en una pulsión sexual.

“Es probable que a los aportes de la energía ganados de esta manera para las operaciones anímicas debamos los máximos aportes culturales.” S. Freud.

Freud considerará como muy importante la capacidad de sublimación por parte del sujeto para los resultados del tratamiento analítico.

El tercero de los desenlaces posibles es la *satisfacción parcial o total de las mociones libidinales*, que fueron reprimidas otorgando libre acceso y canalización a los deseos postergados, en tanto ya no se contraponen con la actividad consciente del sujeto.

Como ilustración del levantamiento del mecanismo de represión continuaremos con el ejemplo dado por Freud en la conferencia antes citada.

“... Consideremos que con el distanciamiento del miembro perturbador y la colocación de los guardianes ante la puerta el asunto no necesariamente queda resuelto. Muy bien puede suceder que el expulsado, ahora enconado y despojado de todo miramiento, siga dándonos qué hacer. Es verdad que ya no está entre nosotros; nos hemos librado de su presencia, de su risa irónica, de sus observaciones a media voz, pero en cierto sentido, el esfuerzo de desalojo no ha tenido éxito, pues ahora de ahí afuera genera un espectáculo insoportable, y sus gritos y sus golpes de puño que aplican contra la puerta estorban mi conferencia más que antes su impertinente conducta. En tales circunstancias no podríamos menos que alegrarnos si, por ejemplo, nuestro estimado presidente, el Dr. Stanley Hall, quisiera asumir el papel de mediador y apaciguador. Hablaría con el miembro revoltoso ahí afuera y acudiría a nosotros con la exhortación de que lo dejáramos reingresar, ofreciéndose él como garante de su buen comportamiento. Atendiendo a la autoridad del Dr. Hall, nos decidimos entonces a cancelar el desalojo, y así vuelven a reinar la calma y la paz. En realidad no es una figuración inadecuada de la tarea que le compete al médico en la terapia psicoanalítica de la neurosis.”

Las formaciones del inconsciente

Se podrá ya acordar que el concepto de inconsciente freudiano posee las características de ser un *existente*

psíquico, de ser *reprimido* y agregaremos, de ser *eficaz*, y lo es en tanto produce efectos: sueños, síntomas y actos fallidos.

El psicoanálisis no sólo ha oído sino que ha podido escuchar, otorgando sentido al sinsentido en que se manifiestan las formaciones del inconsciente.

Por ejercicio de la represión, los contenidos inconscientes retornan deformados a la conciencia, como resultado de una transacción o compromiso entre el deseo que pugna por su satisfacción y la defensa que intenta mantenerlo reprimido. En el análisis de estas formaciones de compromiso o sustitutivas, podemos observar la legalidad y el modo de funcionamiento del inconsciente (desplazamiento y condensación).

Desde un principio Freud escuchó a sus pacientes con frecuencia relatar algunos de sus sueños y que éstos eran tan incomprensibles para ellos como sus síntomas. El análisis de estos relatos lo lleva a establecer una relación entre los mismos.

“El fenómeno onírico es por sí mismo un síntoma neurótico que presenta, además, la inapreciable ventaja de poder ser observado en todo el mundo, incluso en los individuos de salud normal.” Freud, S.: *Lecciones introductorias al psicoanálisis* (1916).

Arriba así a la conclusión de que en ambos casos el deseo imaginariamente se ve cumplido. En la vida despierta los deseos se hallan sometidos por la censura. La disminución de la misma durante el dormir permite que estos deseos tengan mayor posibilidad para manifestarse. La función del sueño es la de ser el medio por el que se suprimen las excitaciones psíquicas que acuden a

perturbar el reposo, supresión que se efectúa por medio de una satisfacción alucinatoria.

El sueño para el psicoanálisis es un fenómeno psíquico pero que se torna como una manifestación incomprensible, aunque es muy probable que el sujeto sepa de qué se trata: “no sabiendo que lo sabe, cree ignorarlo”.

“Dichos sueños han sufrido una deformación; el proceso psíquico que entrañan hubiera debido hallar originalmente una muy diferente traducción verbal.

Hay que diferenciar el *contenido manifiesto* del sueño, tal y como se lo recuerda con extrema vaguedad por la mañana, que se reviste penosamente y con aparente arbitrariedad de palabras, de las ideas latentes del sueño, que permanecen en lo inconsciente...

De este modo resulta tan difícil para el sujeto reconocer el sentido de sus sueños como para el histérico la relación y el significado de sus síntomas.” Freud, S.: *Psicoanálisis* (1909).

La *elaboración del sueño* será la labor que transforma el sueño latente en el sueño manifiesto. Los efectos de la misma son: el *desplazamiento*, la *condensación* y la *transformación de las ideas en imágenes visuales*, no es ésta la única forma en que las ideas se pueden revestir, pero las imágenes constituyen lo esencial en la formación de los sueños.

El sueño manifiesto, como resultado de la elaboración, se puede considerar como una manifestación enmascarada de un deseo reprimido.

“La elaboración onírica nos hace remontar a una doble prehistoria: en primer lugar a la prehistoria individual, o sea a la infancia, en tanto y en cuanto todo individuo reproduce abreviadamente en el curso de su infancia el

desarrollo de la especie humana, la prehistoria filogenética.”
Freud, S.: *Lecciones introductorias al psicoanálisis* (1916).

Los sueños serán estimulados por deseos sexuales infantiles y actuales, dice Freud, a veces con tan desenfrenada licencia, que han hecho necesaria la institución de una censura y de una deformación onírica.

En su construcción las ideas latentes se entrelazarán con otras ideas que el sujeto puede recordar y que corresponden a vivencias del día anterior. Estos *restos diurnos*, bajo una ingenua apariencia, ya que hallan una relación más o menos lejana con el deseo inconsciente, ofrecen algo indispensable al sueño, ya que burlarán a la censura expresando bajo esta envoltura contenidos reprimidos.

“... Estableceremos una distinción entre restos diurnos e ideas latentes, dando este nombre a todo aquello que averiguamos por medio de la interpretación y reservando el de restos diurnos para una parte especial de tales ideas. Diremos entonces que a los restos diurnos ha venido a agregarse algo que pertenecía también a lo inconsciente, o sea un deseo intenso, pero reprimido, y que este deseo es lo que ha hecho posible la formación del sueño. La acción ejercida por él sobre los restos diurnos crea un nuevo acervo de ideas latentes, precisamente aquellas que no pueden ser consideradas como relaciones explicables en la vida despierta.”

El sueño será entonces un *cumplimiento de deseos* aunque esto no se puede deducir del contenido manifiesto ya que puede ser tan engañoso que nos diga lo contrario. El análisis de las pesadillas, por ejemplo, nos suele mostrar este cumplimiento. Lo que ha ocurrido es

que se ha expuesto tan claramente el deseo que lejos de ser aceptado es rechazado.

En 1932, en el artículo *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, Freud hace una acotación señalando al sueño como una *tentativa de cumplimiento de deseos*, ya que en determinadas circunstancias el sueño puede conseguir muy imperfectamente sus propósitos o tiene que abandonarlos; por ejemplo, en los casos de una fijación a un hecho traumático, este hecho puede hacer fallar el trabajo de la elaboración onírica.

La interpretación analítica a partir de las asociaciones del paciente permitirán acceder al contenido latente del sueño. Por lo tanto, lo recordado (manifiesto) ya no serán imágenes relacionadas entre sí sino que pasará a ser un discurso que puede expresar uno o varios deseos.

El simbolismo onírico implica una representación figurada e indirecta de un conflicto que por este rodeo puede escapar a la censura. El psicoanálisis tomará a toda formación de compromiso como simbólica, es decir, el resultado de la relación entre el símbolo y lo simbolizado inconsciente.

Todo *síntoma* posee un sentido que se halla ligado a la vida psíquica del sujeto. Este sentido fue descubierto por el Dr. Breuer en 1880, mediante el tratamiento de un caso de neurosis. Cabe señalar que recién publicó estas observaciones diez años después en colaboración con Freud. Este descubrimiento se constituye en la base del tratamiento psicoanalítico: partiendo del síntoma se arribó a la existencia del inconsciente.

“Para expresarlo más directamente, por medio de la investigación de los histéricos y otros enfermos neuróticos, llegamos al convencimiento de que en ellos ha fracasado la

represión de la idea que entrafía el deseo intolerable. Ha llegado a expulsarla de la conciencia y de la memoria ahorrándose así aparentemente una gran cantidad de dolor, pero el deseo reprimido perdura en lo inconsciente, espianando una ocasión para ser activado, y cuando ésta se presenta sabe enviar a la conciencia una disfrazada e insustituible formación sustitutiva de lo reprimido, a la que pronto se enlazan las mismas sensaciones displacenteras que se creían ahorradas por la represión. Este producto sustitutivo de la idea reprimida, *el síntoma*, queda protegido de subsiguientes ataques de las fuerzas defensoras del yo, y en lugar de un conflicto poco duradero, aparece ahora un interminable padecimiento." Freud, S.: *Psicoanálisis* (1909).

El síntoma será entonces un signo y un sustitutivo de una expectativa de satisfacción de un deseo y también del resultado de la represión. Algunos síntomas están más al servicio de la satisfacción del deseo y otros más al servicio de la satisfacción de la defensa. Estas dos fuerzas opositoras, por medio de una transacción, se reconcilian en el síntoma. Esto nos muestra cuál es la causa por la que su disolución presenta tanta resistencia por parte del paciente. Para Freud, la sola desaparición de un síntoma no implica la disolución de la enfermedad, pues, manteniéndose aún aquellos contenidos inconscientes que lo originaron, es posible que encuentren nuevas formas de expresión.

Si profundizamos en la teoría nos dirá también que todos podemos ser considerados neuróticos, pues hasta los supuestamente más sanos llevan en sí las condiciones que posibilitan la formación de síntomas. Debemos agregar que el síntoma psíquico es perjudicial o por lo menos inútil y parasitario, y que el sujeto lo realiza en contra de su voluntad, experimentando así sensaciones displacenteras o

dolorosas que demandan un esfuerzo psíquico muy alto, quitando dicha energía a otras actividades.

Freud dirá que es un representante de lo reprimido cerca del Yo y de un dominio muy lejano a él, por lo que el paciente lo vive como *incongruente* con sus anhelos, *incoercible* en la medida en que no lo puede controlar, y como señalamos anteriormente, *incomprensible*.

La diferencia fundamental con las otras formaciones del inconsciente es que pertenece al campo de lo psicopatológico, mientras que el sueño y los actos fallidos pertenecen al campo de lo que Freud llama "psicopatología de la vida cotidiana".

Con respecto a los *actos fallidos*, diremos que son aquellas acciones en las que no se obtiene el resultado esperado conscientemente, sino que éste se encuentra reemplazado por otro sin justificación aparente alguna. Freud demostró que estas acciones son también formaciones de compromiso entre la intención consciente y lo reprimido.

En sentido extenso, el acto fallido no sólo engloba a las acciones aparentemente equivocadas, sino también a los *lapsus linguae*, *olvidos*, *pérdida de objetos*, *errores en la lectura*, *en la escritura y del funcionamiento psíquico en general*.

"Así pues el psicoanálisis ha extendido considerablemente la amplitud del mundo de los fenómenos psíquicos y ha conquistado para la psicología dominios que anteriormente no formaban parte de ella." Lección IV, *Los actos fallidos* (1916).

Debemos señalar que estos actos no son fallidos en relación con el contenido inconsciente, ya que ésta es la forma indirecta que encuentra para su emergencia. Citaremos un ejemplo que da Freud en el artículo *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901) en el que podemos

observar una combinación de actos fallidos que se repiten con notable insistencia.

“Por motivos desconocidos para él había Jones dejado sobre su mesa, durante varios días, una carta, sin acordarse de echarla. Por último se decidió a hacerlo pero al poco tiempo le fue devuelta por las oficinas de correo a causa de haberse olvidado de consignar las señas. Corregida esta omisión, echó la carta, olvidándose esta vez de poner el sello. Después de esto no pudo dejar de ver ya su rechazo a mandar dicha carta.”

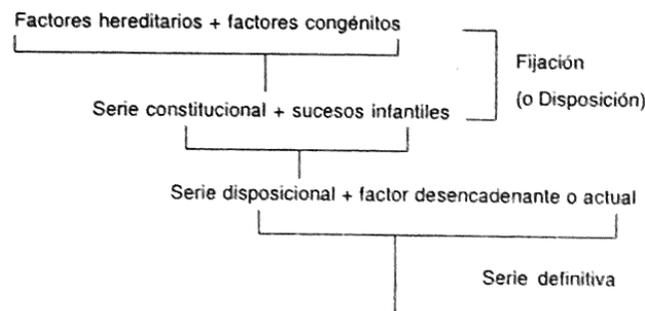
Agregaremos otros actos a los que ya no denominaremos fallidos sino *actos casuales y sintomáticos*, que se muestran también como fallidos, inmotivados y faltos de trascendencia, y se distinguen de los anteriormente citados por la ausencia de otra intención distinta a aquella con la que tropiezan. Tomaremos como ejemplo a aquellos actos casuales que se realizan sin tener una finalidad aparente: enrollarse el pelo mientras se habla, dibujar garabatos durante un diálogo telefónico, etc. Estos actos poseerán un sentido, son pequeños indicios reveladores de otros procesos psíquicos más complejos.

“Observaréis que el investigador psicoanalítico se caracteriza por una estricta fe en el determinismo de la vida psíquica. Para él no existe nada pequeño, arbitrario ni casual en las manifestaciones psíquicas; espera hallar siempre una motivación suficiente hasta en aquellos casos en los que no se suele sospechar ni inquirir la existencia de la misma, y está incluso preparado a encontrar una *motivación múltiple* del mismo efecto psíquico, mientras que nuestra necesidad causal, que suponemos innata, se declara satisfecha con una única causa psíquica.” *Psicoanálisis* (1909).

El modelo de las series complementarias

Si bien en el comienzo de sus elaboraciones teóricas, Freud parte del concepto de determinismo en un sentido simple (causa-efecto), pronto percibirá que son varias las causas que producen un fenómeno psíquico, arribando así a la idea de una sobredeterminación. Es decir, a la existencia de una superposición de diferentes cadenas causales en relación a un mismo efecto. En 1916, en el artículo “Lecciones introductorias al psicoanálisis”, define, con mayor claridad, que desde el punto de vista etiológico confluyen en mayor o en menor medida, según cada caso, tanto factores endógenos (fijaciones) como exógenos (frustración) para desencadenar una neurosis y la fijación a ciertos puntos en la trayectoria infantil del sujeto debe ser comprendida como una cristalización de una determinada cantidad de energía libidinal.

Este mismo modelo será utilizado para explicar la génesis de toda conducta humana.



... Veinte años después

Por el año 1920 el Psicoanálisis se había constituido como un sólido cuerpo teórico, que permitía desde el campo de la ciencia acceder a la comprensión de los aspectos más irracionales del alma humana. A diferencia de sus primeros años había construido un lugar que se expandía en los diversos círculos científico-culturales. Si bien para muchos su base teórica había encontrado una cierta estabilidad, no lo fue así para Freud, cuyo espíritu crítico y de investigación continuaba con la misma fuerza que en sus comienzos. Hasta aquí había arribado a una elaboración de una teoría pulsional señalando que la misma es una carga energética que impulsa al organismo hacia un fin, y que se diferencia del instinto ya que éste tiene un objeto y un fin predeterminados. Agrupa a las pulsiones en un par antitético dividiéndolas en *pulsiones del Yo o de autoconservación* (por ejemplo, hambre), que están al servicio del principio de

realidad y *pulsiones libidinales o sexuales* (amor), que están gobernadas por el principio del placer, sustituyendo éstas luego por las de libido objetal y libido narcisista.

Partiendo de ciertas conceptualizaciones de la biología, Freud se da cuenta de que ya no puede explicar la búsqueda de satisfacción por parte del sujeto con esta primer teoría pulsional, correspondiente a un único tipo de pulsiones, pulsiones de vida (autoconservación, sexuales).

“En los trabajos de mis últimos años, (*Más allá del principio de placer, Psicología de las masas y análisis del Yo y El Yo y el Ello*), he dejado libre curso a mi tendencia a la especulación, contenida durante mucho tiempo y he intentado una nueva solución al problema de las pulsiones. He reunido la conservación del individuo y de la especie bajo el concepto de Eros, oponiendo a ésta la pulsión de muerte o de destrucción (Tánatos) que labora en silencio.

... La pulsión es concebida como una especie de elasticidad de lo animado; esto es como una aspiración de reconstruir una situación que existió alguna vez y fue reprimida.” Freud, S.: *Autobiografía* (1924).

El concepto antitético entre *Eros, pulsiones de vida* y *Tánatos, pulsiones de muerte*, recibió fuertes resistencias en el seno del círculo psicoanalítico; Freud ya estaba acostumbrado a ello y persistió en esta teoría hasta el final de su obra.

“Recuerdo mi propia resistencia cuando la idea de la pulsión de destrucción me apareció por primera vez, y cuánto tardé en aceptarla.” Freud, S.: *El malestar en la cultura*.

J. Schabelson señala que el ser humano a lo largo de la historia sintió la muerte como un hecho ajeno a sí

mismo, que corta el hilo de la vida, inexplicable desde lo racional y por lo tanto librado a lo religioso, a la voluntad de Dios. Tanto Freud como Heidegger (en sus primeros trabajos) producen una ruptura con respecto al concepto de muerte; para ellos será una condición previa para la vida, dejando de ser un hecho repentino o fortuito.

La oposición entre pulsiones de Vida y de Muerte es introducida por Freud en el artículo *Más allá del principio de placer* (1920). Las pulsiones de muerte tienden al retorno a un estado inorgánico, a un estado de reposo tal, que desaparecen por completo las tensiones (*nirvana*); mientras que las de vida tienden a conservar unidades vitales existentes y construir a partir de éstas unidades más complejas. Entre los motivos manifiestos que llevaron a Freud a esta nueva conceptualización se encuentra el trabajo con sus pacientes; observa en los mismos una compulsión a la repetición de actos o ideas que no podían explicarse por una búsqueda de satisfacción libidinal ni tampoco por el intento de dominar experiencias displacenteras, dependiendo de una fuerza independiente y capaz de oponerse aparentemente al principio de placer. El principio de placer parece entonces hallarse también al servicio de las pulsiones de muerte. Freud señalará con respecto a esta oposición sus aspectos complementarios en la vida del sujeto. Por ejemplo, en la relación sexual se tiende a un equilibrio entre ambas pulsiones, ya que el incremento de la pulsión de muerte lleva a una relación agresiva con el objeto y su ausencia o su pasividad a la impotencia.

En un reportaje realizado en 1929 por G. S. Viereck, Freud comentará que “tal vez muramos porque deseamos hacerlo. Del mismo modo que en nuestro interior

conviven simultáneamente el odio y el amor por una persona, toda vida combina el deseo de supervivencia con un ambivalente deseo de aniquilación. En todo ser normal el deseo de vivir es lo suficientemente intenso como para contrarrestar el deseo de morir, aunque, en última instancia, este último acaba siendo el más poderoso. Podemos así jugar con la sugerente idea de que la muerte nos alcanza porque en algún momento la deseamos”.

El *Yo* es otro concepto tomado de la Psicología que estuvo presente desde los inicios de sus elaboraciones teóricas, utilizado tanto para referirse a la personalidad en su conjunto como, en otras oportunidades, para designar el sistema preconsciente-consciente. Es a partir de 1920 que Freud comienza a reconceptualizarlo adquiriendo características propias en la teoría psicoanalítica. En el artículo “El Yo y el Ello” (1923) es donde pone de relieve el hecho de que la instancia represora *Yo* y sus operaciones defensivas son las que permiten evitar la angustia en el sujeto, siendo en su mayor parte inconscientes. El *Yo* no será ahora equivalente a conciencia sino que algunos de sus aspectos serán inconscientes.

Estas últimas elaboraciones del funcionamiento mental lo llevan a la necesidad de reformular la tajante división del aparato psíquico en dos sistemas, para considerar una *nueva formulación* del mismo en tres instancias: *Ello*, *Yo* y *Superyó*. Lo significativo será que tanto el *Yo* como el *Superyó* hunden sus raíces en el *Ello*. Como los límites de estas instancias son imprecisos, esta formulación se diferenciará notablemente de la primera.

La conceptualización de esta tópica se conforma definitivamente en el artículo *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis* (1932). No deviene ya de las ideas

del funcionamiento propio de la física sino que en ella se juega una visión antropomórfica de los procesos psíquicos, basada en el modelo de las relaciones interpersonales. Por ejemplo, cuando se refiere a la depresión, señala que el *Superyó* se comporta sádicamente con respecto al *Yo*. El incipiente pensamiento estructuralista en el campo de las ciencias ejercerá su influencia en esta nueva formulación. El aparato psíquico se constituirá a partir de una diferenciación progresiva de las instancias psíquicas, existiendo entre ellas una permanente interrelación, ocupando el *Yo* el lugar de representante de los intereses de la totalidad de la persona.

Al caer el deseo de dar por terminadas las conceptualizaciones teóricas arribadas hasta ese momento, reinstala la duda –fuente y motor de inspiración para proseguir la búsqueda de la verdad.

“Tan sólo aquellos crédulos que piden a la ciencia un sustituto del catecismo podrán reprochar al investigador el desarrollo o modificación de sus opiniones.” *Más allá del principio de placer*. Freud, S. (1920).

Segunda formulación del aparato psíquico

Las instancias *Ello*, *Yo* y *Superyó* serán consideradas como una diferenciación progresiva en la constitución psíquica. A partir del nacimiento no hay todavía una diferenciación entre el *yo* y el *no-yo* por parte del sujeto. Este incipiente aparato psíquico está constituido sólo por el *Ello*, lo que le otorgará a la pulsión un origen inicial. Freud se referirá a él metafóricamente como el

caldero de las pulsiones, o sea como un caos o un caldero hirviente de estímulos.

Si lleváramos esta tópica a una representación gráfica, lo haríamos con uno de sus extremos abiertos, orientado a lo somático, recibiendo las necesidades pulsionales que es de donde cargará su energía, las que posteriormente serán traducidas en expresiones psíquicas. Recordemos que la pulsión es el límite entre lo somático y lo psíquico. Si lo comparamos con el inconsciente de la primera tópica nos encontramos que mantiene su misma legalidad, careciendo por lo tanto, de organización, no generando una acción conjunta y dando curso al principio de placer. Diremos entonces que *el Ello es inconsciente* y que la energía pulsional es móvil y capaz de descarga, pues de otro modo no se produciría el libre desplazamiento y la condensación característica de esta instancia psíquica.

Es el gran reservorio de la libido (energía dinámica de la pulsión sexual). Sus contenidos se constituyen a partir de lo hereditario, lo innato y lo reprimido, conformándose así en el polo pulsional de la personalidad.

El término Ello, tomado por Freud de Broddeck y de Nietzsche, designa lo impersonal; para el psicoanálisis será aquello que nos maneja desde un lugar distinto a aquel en el que somos capaces de reconocernos.

“No esperéis que del Ello pueda comunicaros grandes cosas. Es la parte inaccesible y oscura de nuestra personalidad; lo poco que sabemos de él lo hemos averiguado mediante el estudio de la elaboración onírica y de la producción de los síntomas neuróticos. No pudiendo ser descripto sino como antitético al Yo.” *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis* (1932).

El Yo es aquella parte del Ello que fue modificada por la proximidad y la influencia del mundo exterior, recibiendo los estímulos y siendo también una protección hacia ellos.

“La relación con el mundo exterior ha sido decisiva para el Yo, el cual ha tomado a su cargo la misión de representarlo cerca del Ello, para bien del mismo, pues, sin cuidarse de tan ingente poder exterior, y en su ciega aspiración a la satisfacción pulsional, no escaparía al aniquilamiento.

... De este modo ha destronado al principio de placer que rige ilimitadamente su poder en el Ello, y lo ha sustituido por el principio de realidad que promete mayor seguridad y mejor éxito.” *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis* (1932).

Su constitución será a partir de lo que del otro humano toma como modelo, por medio de identificaciones. Se constituye a partir de las primeras relaciones objetales con aquellas personas que cumplieron las funciones parentales, agregándose posteriormente a la conflictiva edípica otras figuras significativas.

Su función perceptiva permite el registro del otro, con quien en sus primeros momentos se establece un encuentro libidinal, resultado de sensaciones en la superficie de su cuerpo (ej.: caricias de la madre), que le permiten su integración, y posteriormente, su diferenciación, lo que podemos considerar como una proyección de su organismo en su psiquismo.

Este encuentro dará así lugar a las identificaciones, donde el Yo hace propias o internaliza algunas características o rasgos del objeto. Esta constitución paulatina de integración y posterior diferenciación del otro le permite al sujeto una forma de encauzar las demandas pulsionales.

La distinción con el Ello gira en torno de la posibilidad paulatina de organización y síntesis de sus contenidos, representando a la razón y a la reflexión, lo que hace posible las funciones de atención, pensamiento, percepción, etcétera.

Si bien la mayor parte de sus contenidos se rige por el proceso secundario, debemos señalar que la represión y los mecanismos defensivos del Yo (formación reactiva, racionalización, negación, etcétera) son inconscientes.

Así como el término Ello alude a lo impersonal, el término Yo designa, como pronombre de primera persona, aquello que el sujeto reconoce como propio. Aunque Freud va a señalar que el Yo es débil constitutivamente en tanto su energía la recibe del Ello.

“La relación entre el Yo y el Ello puede compararse con la de un jinete y su caballo. El caballo suministra la energía para la locomoción; el jinete tiene el privilegio de fijar la meta y dirigir los movimientos del robusto animal. Pero entre el Yo y el Ello ocurre frecuentemente el caso nada ideal de que el jinete tiene que guiar al caballo allí donde éste quiere ir.”

Así es como solemos escuchar: No sé, no lo puedo evitar, esto es más fuerte que yo.

El *Superyó* será la tercera instancia psíquica que se constituye, a partir de la prolongada dependencia del sujeto a la autoridad de los padres y fundamentalmente con la declinación del Complejo de Edipo.

“El *Superyó* es para nosotros la representación de todas las restricciones morales, el abogado de toda aspiración a un perfeccionamiento; en suma, aquello que se nos ha hecho psicológicamente aprehensible. Siendo en sí procedente

de la influencia de los padres, posteriormente de educadores, etc. El examen de estas fuentes nos ilustrará sobre su significación. Por lo regular los padres y las autoridades análogas a ellos siguen en la educación del niño las prescripciones de su propio *Superyó*.

...De este modo el *Superyó* del niño no es constituido en realidad conforme al modelo de los padres mismos, sino al del *Superyó* parental; recibe el mismo contenido pasando a ser el sustrato de la tradición de todas las valoraciones permanentes, que por tal camino se han transmitido a través de generaciones.” *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis* (1932).

Afirmamos el principio de que la constitución definitiva del *Superyó* es resultado de la declinación del Complejo de Edipo, ya que su consecuencia es la renuncia a la satisfacción de los deseos incestuosos por parte del sujeto, por efecto de la represión. El Complejo de Edipo se enfrenta con la prohibición paterna, siendo la figura del padre quien encarna la ley, por lo que el *Superyó* no es sólo un residuo de las primeras relaciones objetales del Ello sino una enérgica formación reactiva contra las mismas. Transformará así, el pequeño sujeto, sus deseos en un proceso de identificación con los padres, a través de sentimientos tiernos originarios del Yo y ya no del Ello, y se identificará con el progenitor del mismo sexo lo que se constituirá en la base de la identidad sexual.

Freud señala que la relación con el Yo no se limita a la advertencia:

“Así como el padre debes ser”, sino que comprende también la de prohibición: “Así como el padre no debes hacer”. No debes hacer todo lo que él hace pues hay

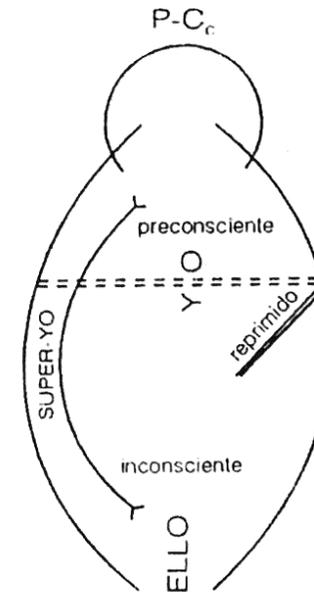
algo que le está reservado. La internalización de la ley fundamental, la prohibición del incesto, será la que permite la posterior internalización del resto de las normas culturales.

Es en el artículo *El Yo y el Ello* (1920) donde figura por primera vez el término Superyó. En aquel momento es tomado como sinónimo del Ideal del Yo, pero en el artículo citado de 1932 Freud realiza una diferenciación de tres funciones: *Ideal del Yo, conciencia moral y autoobservación*. El Superyó realiza una observación actual al Yo y lo compara con el Ideal operando la censura en la medida en que se aleja de éste. Las tensiones entre el Yo y el Superyó dan como resultado sentimientos de inferioridad y de culpabilidad. El primero relacionado con el alejamiento del Ideal del Yo y el segundo por el no cumplimiento normativo de la conciencia moral; por lo que el Superyó determinará al Yo lo que ha de reprimir y lo que no. Si bien algunos de sus aspectos son conscientes, la mayor parte del Superyó es inconsciente.

El Ideal del Yo le permitirá al sujeto un modelo al que intentará adecuarse siendo primariamente las figuras parentales y posteriormente otros modelos significativos. Estará relacionado con el "deber ser".

"... el Ideal del Yo es con quien se compara el Yo, al cual aspira y cuya demanda de perfección siempre creciente se esfuerza en satisfacer. No cabe duda de que este ideal es el residuo de la antigua representación de los padres, la expresión de admiración de aquellas perfecciones que le atribuía entonces." Freud, S.: *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis* (1932).

El siguiente esquema ilustra las relaciones estructurales de la personalidad anímica:



Esquema propuesto por Freud en el artículo "Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis" (1932).

Como vemos, no hay límites precisos en las tres instancias por lo que la división sólo intenta designar procesos, funciones y mecanismos diferentes constitutivos de la personalidad. Conducido por el Ello, restringido por el Superyó y enfrentándose con la realidad, el Yo intenta establecer como puede una cierta armonía entre las demandas que actúan sobre él.

Si en los primeros años el objetivo del psicoanálisis era hacer consciente lo inconsciente, Freud dirá a partir de esta formulación: "Lo que era Ello, Yo ha de ser".

La cura por la palabra

“Las palabras primitivamente formaban parte de la magia y conservan en la actualidad algo de su antiguo poder.”
S. Freud.

Si partimos de los orígenes de la teoría psicoanalítica, debemos recordar que Ana O., aquella paciente tratada por Breuer y sobre la que luego teorizó junto a Freud, denominó ese tratamiento hipnótico “cura por conversación”, o en broma, “limpieza de chimenea”.

“Pronto descubrió como por azar que mediante este des-hollinamiento del alma podía obtenerse algo más que una eliminación pasajera de perturbaciones anímicas siempre recurrentes. También se conseguía hacer desaparecer los síntomas patológicos cuando en hipnosis se recordaba con exteriorización de los afectos la ocasión y el asunto a raíz

del cual esos síntomas se habían presentado por primera vez." *Psicoanálisis (Cinco conferencias)* (1909).

La utilización con sus pacientes del método catártico (derivado del griego *katharsis* que significa purificación) va siendo dejada de lado, ya que la inducción hipnótica no sólo cada vez se vuelve más resistente en los pacientes sino que encuentra una barrera en los recuerdos que no puede atravesar. Además, los síntomas tienden nuevamente a regresar. Luego de implementar la técnica del apremio, consistente en ponerle la mano en la frente al paciente y señalarle que recordará así lo buscado, Freud dejará cada vez más al paciente en su libre discurrir, arribando así a la técnica de la asociación libre. Esta original técnica para la cura, que diferenciaba claramente al psicoanálisis de otros abordajes terapéuticos, instauró un lugar privilegiado tanto a la escucha como a la palabra.

Sólo en la medida en que el paciente se permita la *asociación libre* es que se puede hablar de acto psicoanalítico, determinándose así en su "regla fundamental".

"El éxito del psicoanálisis depende de que el paciente respete y comunique todo lo que atraviesa su pensamiento y no se deje llevar a retener ocurrencias por creerlas insignificantes o faltas de conexión con el tema dado, y otras por absurdas o desatinadas." *La interpretación de los sueños* (1900).

Este particular discurso no se hallará regido por las leyes de la clásica escuela asociacionista: contigüidad, semejanza, contraste, sino que las formas en que se agrupan estas asociaciones, su diversidad y engañosos modos de conexión, son el resultado de la propia

dinámica de los mecanismos de defensa inconscientes del sujeto. Al correrse del hilo conductor que le da coherencia a su discurso, el mismo se organizará desde otro lugar, permitiendo en el análisis una vía más accesible para develar los contenidos reprimidos. Aunque el inconsciente está presente en todos los actos y en el decir corriente del sujeto, su emergencia será más evidente en aquellas interrupciones no esperadas conscientemente en el discurso, como por ejemplo: *lapsus linguae*, neologismos, etcétera. Debemos agregar que la palabra para el psicoanálisis dice más que lo que enuncia.

"... La disposición de ánimo del hombre que reflexiona es totalmente distinta de la del que observa sus procesos psíquicos... En muchos casos existe una concentración de la atención; pero el sujeto, sumido a la reflexión, ejercita además una crítica, a consecuencia de la cual rechaza una parte de las ocurrencias emergentes después de percibir las, irrumpe otras en el acto, negándose a seguir los caminos que abren el pensamiento, y reprime otras antes que hayan llegado a su percepción, no dejándolas advenir conscientes. En cambio el autoobservador no tiene que realizar más esfuerzo que el de anular la crítica. Si lo consigue acudirá a su conciencia una infinidad de ocurrencias, que de otro modo hubieran permanecido inaprensibles. Con ayuda de estos nuevos materiales se nos hace posible llevar a cabo la interpretación de las ideas patológicas." *La interpretación de los sueños*, Cap. 2 (1900).

La técnica de la asociación libre no sólo fue utilizada con los pacientes sino también por el propio Freud para interpretar sus sueños y en su autoanálisis. La misma

permite reinstalar lo reprimido en la serie psíquica consciente, dando lugar a nuevas significaciones.

Como dato curioso, podemos citar un artículo publicado en 1920, titulado *Para la prehistoria de la técnica psicoanalítica*, donde comenta el trabajo literario de L. Börne (1823), y recuerda que le fue regalado cuando tenía 14 años, siendo éste un escritor que por aquel entonces llamó mucho su atención. Uno de los artículos de este autor es "El arte de llegar a ser un escritor en tres días". En ese escrito propone tomar varios pliegos de papel y escribir todas las ocurrencias que surjan espontáneamente sin efectuar crítica alguna. Años después Freud se sorprende al releerlo, ya que encuentra también otras ideas que él mantenía y defendía. Freud va a definir como criptoamnesia el olvido de este texto que sin duda es un antecedente interesante en su pensamiento con respecto al valor de las asociaciones espontáneas, de las que fuera determinando su valor terapéutico en el devenir de sus trabajos con los pacientes.

En esta particular relación que se establece en la cura analítica, al libre discurrir del paciente le deberá corresponder por parte del analista una escucha no convencional, denominada por Freud "atención flotante"; consiste en rechazar todo medio auxiliar, incluso la anotación, en ahorrar todo esfuerzo que intercepte la atención, en escuchar sin prejuicios o diagnósticos previos el relato del paciente y sin intentar retener algún fragmento en especial, ya que en la sesión surgirán ideas que aunque parezcan muy nimias su significación podrá ser descubierta *a posteriori*, abandonándose así el analista a su memoria inconsciente. Lo atentatorio sería quedarse con una palabra tan social que haga callar y por lo tanto no escuchar la singularidad del paciente.

"He de recomendar a mis colegas que procuren tomar como modelo durante el tratamiento psicoanalítico la conducta del cirujano, que impone silencio a todos sus afectos, e incluso a su compasión humana y concentra todas sus energías psíquicas en su único fin: practicar la operación con todas las reglas del arte." *Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico* (1912).

Es así como la atención flotante permitirá descubrir al analista las conexiones existentes en el discurso del paciente y establecer una comunicación de inconsciente a inconsciente. Para ello deberá existir no sólo una sólida formación previa sino un análisis personal del analista. W. Stekel señaló que: "a cada una de las represiones no vencidas por el analista le corresponderá un 'punto ciego' en su trabajo con los pacientes".

La "interpretación" es el método que por medio de la deducción resultante de la investigación terapéutica permite intervenir al analista, señalando el sentido latente de los actos y del discurso del analizado, intentando dejar en descubierto el conflicto psíquico entre el deseo y la defensa.

El acto interpretativo puede rastrearse desde los orígenes de la civilización, por ejemplo a través del relato bíblico de los sueños del faraón, donde las imágenes de siete vacas flacas y siete vacas gordas, al entender de los exégetas, representarían futuros años de miseria y de prosperidad. Podemos citar también como ejemplo, la interpretación popular de las imágenes oníricas con cábalas o premoniciones. Es a partir del psicoanálisis que la interpretación cobra sentido en relación con la historia del sujeto y no con simbolismos universales.

"Mi procedimiento no es tan cómodo como el popular método descifrador, que traduce todo contenido onírico conforme a una clave fija. Por lo contrario, se ve que un mismo sueño puede presentar varios sentidos, según quién lo sueñe o el estado individual al que se relaciona." Freud, S.: *El método de la interpretación onírica* (1900).

Cabe destacar que Freud va a señalar a la interpretación de los sueños como una "vía regia" para el acceso a los contenidos inconscientes. Se constituirá así en el método por el cual se intentará hacer el pasaje del sentido manifiesto al sentido latente. Si bien la interpretación estuvo presente en sus primeros trabajos, se incorpora claramente en la dinámica de la cura cuando pasa a formar parte como *método psicoanalítico* en el artículo *El manejo de la interpretación de los sueños* (1911).

Una intervención analítica referida al discurso del paciente, a un sueño, a un acto fallido, etc. se constituirá como interpretación sólo *a posteriori*, en relación con el efecto que produce. La interpretación no tiende a cerrar el discurso sino a que el mismo se siga desplegando a través de nuevas asociaciones. La palabra del analista es muy importante porque viene del Ideal del Yo, por lo que debe ser cuidadoso en toda intervención.

"El Yo del enfermo nos propone la más completa sinceridad, es decir, promete poner a nuestra disposición todo el material que le suministra su autopercepción; por nuestra parte, le aseguramos la más estricta discreción y ponemos a su servicio nuestros conocimientos en la interpretación del material influido por el inconsciente." *Compendio de psicoanálisis* (1938).

Debemos pensar que en la cura analítica no es de un diálogo de lo que se trata, sino de una comunicación de inconsciente a inconsciente. La interpretación es de un nivel lógico diferente; de no ser así será sólo una opinión del analista. Las intervenciones psicoanalíticas no se refieren a las causas, sino a motivaciones inconscientes, otorgándoles un significado que no excluye otros.

El método interpretativo será utilizado también para develar la significación inconsciente de otras actividades humanas a las que no se puede acceder por medio de la asociación libre, por ejemplo en psicoanálisis aplicado. Pero la base del psicoanálisis ha sido y será la de develar las motivaciones inconscientes que hay detrás de toda palabra, de la palabra pronunciada en transferencia.

Freud va a señalar que el primer motor de la terapia está en las dolencias del enfermo y en el anhelo de curación por ella generado, pero que en el curso del tratamiento las nuevas fuentes de energía nacen en el fragor de la *transferencia*.

"Recordemos ante todo que la acción conjunta de la disposición congénita y las experiencias de los años infantiles determinan en cada individuo la modalidad especial de su vida erótica." Freud, S.: *La dinámica de la transferencia* (1912).

Continúa diciendo que sólo una parte de estas tendencias han realizado una evolución psíquica completa, mientras que otra parte en cambio ha quedado detenida en su desarrollo por el ejercicio sobre ella de la represión, pudiendo desplegarse sólo en la fantasía o quedando confinadas en lo inconsciente. Por lo tanto, es factible que la carga de libido que el sujeto parcialmente

insatisfecho mantiene esperanzadamente se oriente en el tratamiento hacia la figura del analista.

El terapeuta será entonces insertado en una de las series psíquicas que el paciente ya tiene preparada. No tendrá así recuerdo consciente de lo reprimido sino que lo vivirá de nuevo con un marcado sentimiento de actualidad, siendo encauzado ya sea por sentimientos amorosos u hostiles, existiendo una modalidad de satisfacción de la pulsión que se repite en la relación con el analista. La pulsión se enlazará así a un complejo de representaciones, a una escena. Este recuerdo en acto estará al servicio de la resistencia, produciéndose en general en el momento en que está por ser develado algún contenido reprimido, en esa sesión o en anteriores, juzgándose en esta repetición modalidades infantiles en relación con vínculos primarios (funciones parentales u otras figuras significativas).

Lo que se despliega en la transferencia es una sexualidad proveniente del Ello, en tanto exige todo (se pone en juego una repetición sin recuerdo consciente) a diferencia de la ternura, que es una sexualidad mediada por el Yo.

Si bien este recuerdo en acto está al servicio de la resistencia, por otro lado permite en el análisis captar *in statu nascendi* los elementos del conflicto infantil, pasando así de ser sólo un obstáculo a un elemento privilegiado para la cura.

El fenómeno de la transferencia será interpretado en la medida que interfiera con el libre asociar del paciente, ya que estos sentimientos, por lo general ambivalentes (amor-odio) son un obstáculo si no son desanudados. Las dificultades en un tratamiento pasan por el trabajo de la transferencia, ya que, como dijo Freud:

“el Ello (caldero de las pulsiones) no habrá de ser conquistado sin una lucha previa”.

Debemos agregar que el fenómeno de la transferencia es un concepto original del psicoanálisis, ya que sólo fue enunciado por primera vez por él. Es una modalidad que se da en todos los vínculos que establecemos en nuestra vida de relación sin tener conciencia de ello. Pero sí es cierto también que las características del análisis son favorecedoras para que se despliegue sin necesidad de que el analista haga algo para que se instale. La creencia del analizado de que el analista puede dar respuesta a todos sus interrogantes colabora también para inducirlo en el fenómeno de la transferencia. Si bien Freud en sus primeros trabajos considera la transferencia como un simple desplazamiento, es a partir del descubrimiento del Complejo de Edipo y de los efectos posteriores que éste genera cuando las manifestaciones transferenciales cobran una nueva significación en la teoría.

Tanto la asociación libre, la interpretación, como el análisis de la transferencia son recursos técnicos de la teoría psicoanalítica. Tienen como objetivo que el sujeto se enfrente a un nuevo discurso, el discurso del inconsciente, para poder desprenderse así de su mito individual, pensar y proyectarse desde un nuevo lugar.